

DEMOCRACIA Y DERECHOS HUMANOS

PROMOCIÓN PROGRESISTA DE LA DEMOCRACIA

Lo que la historia nos enseña, si queremos
asegurar el futuro de la democracia

Matthias Jobelius y Jochen Steinhilber
Julio de 2020



La promoción de la democracia debe tornarse más política, más consciente de la historia, más capaz de manejar conflictos y, al mismo tiempo, debe reflexionar más sobre la experiencia histórica de los procesos de democratización.



La promoción de la democracia tiene que prestar más atención a la relación entre la democracia y el capitalismo.



Para comprender los conflictos sociales es necesaria una promoción "integrada" de la democracia.



La democracia es una trama narrativa. Los movimientos democráticos exitosos necesitan narrativas capaces de ser comunicadas.

Contenido

1	<i>IS WINTER COMING?</i> LA PROMOCIÓN EXTERNA DE LA DEMOCRACIA ANTE NUEVAS INTERROGANTES	4
2	SEIS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA	6
	2.1 <i>"Too early to tell"</i> : la democratización es un largo camino.....	6
	2.2 "Circunstancias heredadas": cada democratización sigue su propio curso	7
	2.3 Luchas distributivas y recursos de poder: no hay democratización sin conflictos.....	8
	2.4 La democracia necesita instituciones democráticas fuertes y personas que las protejan.....	9
	2.5 "No integrado": el capitalismo no es democrático	10
	2.6 El poder de las ideas: la democracia necesita un relato.....	12
3	SEIS DIRECTRICES PARA UNA PROMOCIÓN PROGRESISTA DE LA DEMOCRACIA	13
	3.1 Del intervencionismo democrático a la promoción integrada de la democracia.....	13
	3.2 Identificar y promover a actores del cambio	14
	3.3 Incrementar el poder de acción de las fuerzas democráticas.....	15
	3.4 Crear instituciones transformadoras.....	17
	3.5 Atreverse a una mayor democracia económica.....	17
	3.6 Desarrollar una narrativa para una promoción de la democracia acorde a la época	18
4	RESUMEN	20
	Bibliografía.....	21

1

IS WINTER COMING?¹ LA PROMOCIÓN EXTERNA DE LA DEMOCRACIA ANTE NUEVAS INTERROGANTES

La caída del Muro de Berlín en 1989 pareció marcar el fin del conflictivo siglo XX. En los siguientes años, prevaleció una visión optimista sobre el futuro de la democracia global. La “tercera ola” de procesos de democratización tomó velocidad una vez más en los países de Europa central y oriental además de una serie de países africanos y asiáticos. Las dictaduras en Europa meridional y los regímenes autoritarios en América Latina habían caído ya en las décadas de 1970 y 1980. La esperanza de un triunfo global de la democracia liberal se reflejaba en las cosmovisiones populares. Apuntalado por la deliberada promoción de la democracia, el modelo occidental de democracia se imponería, junto con el capitalismo, como otro lenguaje universal, tal era la tesis generalizada en aquel momento.

Sin embargo, el optimismo apenas duró una década. Hoy se habla en todas partes de una “crisis de la democracia”. Los indicios de esa crisis son múltiples: En muchos países, las restricciones a las libertades o un corrimiento del poder a favor del Ejecutivo, se están volviendo permanentes. Tanto las democracias jóvenes como las viejas ven desafiada su legitimidad porque no parecen estar suficientemente a la altura de las esperanzas cifradas en ellas en cuanto a participación, justicia social y seguridad. Mientras que los procesos democráticos son reducidos cada vez más a técnicas de gobierno eficientes y *marketing* inteligente, la comprensión enfática de la democracia como modo de vida y campo de experimentación de formas de convivencia parece perder importancia. Numerosos artículos científicos sobre “democracias defectuosas”, “autocracias pluralistas” o “democracias de mayorías antagónicas” muestran que existe una variedad de sistemas políticos híbridos en constante transformación. Además, hoy —a diferencia de la década de 1990— la democracia también se ve desafiada a nivel discursivo. Los líderes de los países y los intelectuales están dando por muerto al liberalismo cada vez más abiertamente. Y dado que muchos actores antiliberales y antidemocráticos son además nacionalistas, la crisis de la democracia también aparece como una crisis del multilateralismo.

PÉRDIDAS DE LEGITIMACIÓN DE LAS DEMOCRACIAS DESPUÉS DEL “9/11”

Occidente mismo ha alimentado frecuentemente las dudas sobre la democracia liberal: las guerras de intervención destinadas a cambiar regímenes que se libraron en nombre de la democracia después del 11 de septiembre del 2001 no solo desestabilizaron regiones enteras. También hicieron que la democracia occidental y su pretensión de superioridad perdieran claramente prestigio. Por lo tanto, no es de extrañar que en muchos países hayan surgido resistencias a la intromisión del exterior. En los años recientes, numerosos gobiernos han restringido en sus respectivos países las posibilidades de los promotores externos de la democracia. Se calcula que unos cincuenta países han modificado su legislación desde el 2000, de tal manera que se dificulta el apoyo externo a la democracia y los derechos humanos.

Ahora están bajo presión también las propias democracias transatlánticas. Ya no puede sostenerse la narrativa según la cual las democracias establecidas están legitimadas por su práctica y conocimiento democrático para ayudar a otros países a recorrer su senda hacia la democracia. La mayoría de los fenómenos de autoritarismo ya no se están observando en sistemas de por sí autoritarios, sino en democracias. Incluso la más grande y exitosa “máquina de democratización”, la Unión Europea, tiene problemas para lidiar con procesos antidemocráticos en sus estados miembros.

LA ALETARGADA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA

Para la promoción internacional de la democracia, fin perseguido durante más de medio siglo por organizaciones internacionales, países occidentales, ONG y fundaciones políticas, este panorama es un desafío. ¿Cómo se promueve la democracia en regímenes híbridos? ¿Cómo se pueden proteger los principios democráticos ante un retroceso autoritario? ¿Cómo debería reaccionar la promoción de la

1 “¿Se viene el invierno?”.

democracia ante el cuestionamiento de los derechos humanos universales y los modelos liberales de sociedad?

En vista de los disruptivos cambios mencionados, la promoción externa de la democracia en Europa y los Estados Unidos debe responder con numerosos aportes conceptuales sobre la democracia y sobre estrategias para promoverla. Pero aún se sienten los efectos de la década de 1990, cuando el espíritu liberal-democrático de la época hizo de la promoción de la democracia algo que se daba espontáneamente, casi sin esfuerzo. Las puertas estaban abiertas y apenas había viento en contra. Con el paso de los años, la orientación de muchas instituciones de promoción de la democracia se ha vuelto más apolítica, ahistórica y estrecha: apolítica, ya que sigue con la tendencia a reducir la democracia a una gestión inteligente en el marco del "buen gobierno"; ahistórica, porque desarrolla sus estrategias observando períodos de tiempo cada vez más cortos, por lo que deriva sus criterios de evaluación más de los logros democráticos de Occidente que de los procesos de transformación de los países socios; y estrecha, porque muchos enfoques se centran principalmente en reaccionar a los últimos cambios disruptivos del orden internacional con una orientación hacia la estabilidad y la seguridad, lo que deja relegadas las cuestiones reales de la democracia.

LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA REQUIERE COMPRENDER LA HISTORIA

¡Es hora de despertar! Los desafíos de la democracia en el siglo XXI exigen una promoción de la democracia política, comprometida, estratégica y transformadora. Para ello se necesita un debate nuevo, más vivo y crítico. Este artículo es un aporte. Elegimos un enfoque histórico. Desde el populismo, pasando por la inteligencia artificial, hasta la creciente fragmentación social, es mucho lo que se está escribiendo sobre las amenazas actuales a la democracia, y los promotores de la democracia tienen que lidiar con ellas más que antes. Pero estos fenómenos de crisis contemporáneos no son el tema central de este artículo. Encaramos más bien la cuestión de qué lecciones deja para la promoción de la democracia contemporánea la observación histórica de los procesos de democratización. Opinamos que quienes promueven la democracia en el siglo XXI deben penetrar en las experiencias históricas del desarrollo de la democracia y en los cambios disruptivos actuales. Los promotores externos de la democracia solo podrán saber certeramente a qué desafíos se asoman si vinculan la experiencia histórica con el diagnóstico de la época.

En la primera parte del análisis identificamos seis lecciones de la historia del desarrollo de la democracia que, creemos, los promotores de la democracia deben tener en cuenta al plantear estrategias acordes a los tiempos que corren. En la segunda parte discutiremos qué conclusiones se pueden extraer de esto para una promoción externa y progresista de la democracia que pueda brindar enfoques para la profundización de los principios democráticos con conciencia histórica y acorde con los tiempos.

2

SEIS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

Cualquiera que piense en las perspectivas de la democracia en el siglo XXI y en las estrategias para promoverla, primero debe echar un vistazo a la experiencia histórica de los procesos de democratización. Seis ideas históricas centrales son particularmente valiosas para quienes promuevan la democracia en el siglo XXI.

2.1 “TOO EARLY TO TELL”:² LA DEMOCRATIZACIÓN ES UN LARGO CAMINO

Cuando en 1972 Richard Nixon se transformó en el primer presidente estadounidense en visitar China, no solo se escribió un nuevo capítulo en las relaciones entre los Estados Unidos y dicho país, sino que también se pronunció una de las frases políticas más famosas de la época. Se dice que el entonces primer ministro de China, Zhou Enlai, respondió “*Too early to tell*” cuando se le preguntó qué importancia tuvo, en su opinión, la Revolución Francesa, ocurrida casi doscientos años antes. Más de tres décadas después, el entonces intérprete de Zhou dudaba de que esas palabras realmente se hubiesen referido a los acontecimientos de 1789. Pero la frase ya tenía vida propia, y con razón, porque resume la noción de que las sociedades viven una transformación permanente y que todo juicio sobre los resultados de la transformación política siempre son algo provisional. En concreto, “Demasiado pronto para saberlo” refleja tres experiencias importantes en la historia de la democracia europea: en primer lugar, el camino hacia la democracia es muy largo; en segundo lugar, se recorre dicho camino a pasos muy pequeños; y en tercer lugar, esto siempre va acompañado de contratiempos, retrocesos y estancamientos, muchas veces también por colapsos, violencia y terror. En otras palabras: ningún proceso democrático ha sido lineal y libre de conflictos, y toda democracia sigue siendo un experimento con resultado abierto.

El desarrollo de la democracia en Francia es un excelente ejemplo de estas experiencias. En 1789, con la Revolución Francesa, culminó en un innovador experimento democrático que fue rápidamente reemplazado primero por el terror y luego por una dictadura imperial. A esto le siguió la

restauración monárquica y el autoritarismo populista, antes de que, en 1870, con la Tercera República, se estableciera una frágil democracia que duró hasta la invasión de la Alemania nazi. Todo esto, a su vez, fue interrumpido por breves despertares democráticos, experimentos o intentos de estabilización.

Los avances y experimentos democráticos en Alemania, Italia y España en los siglos XIX y XX también experimentaron repetidamente retrocesos o colapsos completos. En 1848, una poderosa ola de democratización atravesó Europa, una Primavera Europea que, como la Primavera Árabe 162 años después, se derrumbó tan rápido como comenzó. En el lapso comprendido entre 1900 y 1949, diecisiete regímenes europeos atravesaron una fase de democratización acelerada. Sin embargo, doce regímenes de este grupo experimentaron una fase aún más rápida de desdemocratización al menos una vez durante dicho período (Tilly 2007: 44). Fue solo en la segunda mitad del siglo XX –tras la devastación que dejó la Segunda Guerra Mundial y después de 150 años de masivos conflictos sociales por principios democráticos– que algunos países (si bien solamente en Europa Occidental) lograron entrar en una fase comparativamente larga de ampliación de los derechos democráticos que continúa hasta hoy. Europa meridional les siguió mucho más tarde y, a treinta años del colapso del comunismo, Europa del Este se encuentra básicamente en las primeras etapas de la transformación democrática. Lo mismo vale para las numerosas democracias de Asia y África cuya consolidación democrática sigue estando inconclusa.

Algunos estudiosos de la democracia han remarcado esta interacción dialéctica de progreso y retroceso en el desarrollo de la democracia (por ejemplo, Inglehart 2018, Tilly 2007, Berman 2019). La dinámica de movimiento y movimiento antagónico se alimenta, entre otras cosas, por el hecho de que los actores que luchan entre sí para establecer un nuevo orden político también conforman la comunidad de herederos del antiguo orden político. Las estructuras económicas, las costumbres políticas, las tradiciones culturales y las convicciones normativas perviven o constituyen el punto de referencia de todas aquellas fuerzas antagónicas que comienzan a pugnar con las nuevas instituciones y valores y a trabajar para superarlos. Por tanto, no es sorprendente que los cambios democráticos a menudo lleven en su seno las semillas de los movimientos antagónicos.

2 “Demasiado pronto para saberlo”.

A veces se afirma que, tras varias oleadas de democratización, ahora estamos viendo una oleada de autoritarismo. De hecho, desde el año 2000 se pueden encontrar ejemplos de un giro autoritario en todos los continentes. Pero cuando los contemporáneos sospechan de un punto de inflexión, la historiografía posterior solo reconoce un ligero estancamiento. Si solo se utilizan las elecciones libres como criterio, difícilmente se puede sostener la tesis de un retroceso autoritario. La cantidad absoluta de democracias electorales no ha cambiado significativamente en los últimos años, ni ha disminuido la proporción de personas que viven en democracias. La mayoría de los Estados que se democratizaron en el curso de la última oleada de democratización desde 1950 en adelante siguen siendo democráticos en la actualidad. En los últimos diez años, más de veinte países también han logrado dar pasos sustanciales hacia una "mayor democracia", incluidos Túnez, Georgia, Armenia, Costa de Marfil y Sri Lanka. Y muchos de los países que hoy se utilizan como evidencia del triunfante avance autoritario nunca han sido democracias consolidadas. Eran, más bien, (semi) autocracias que, tras algunas fases de vacilación y experimentación, siguieron consolidándose en su carácter autoritario, como Rusia, Azerbaiyán, Burundi o Bahrein. Al mismo tiempo, cayó sustancialmente el número de autocracias y regímenes dictatoriales duros. Si en 1980, más de la mitad de todos los países entraban en esta categoría, en 2018 eran solo el catorce por ciento (V-Dem 2019b).

Con estos elementos no se puede observar empíricamente un movimiento hacia modelos autoritarios; además, los índices de aprobación de la democracia como norma en la población siguen siendo altos. Sin embargo, en la práctica, la democracia parece no poder seguir desarrollándose en muchos lugares. A menudo también se registra una "recesión democrática" (Diamond 2015), es decir, una disminución en la calidad de la democracia. Muchas de las democracias más jóvenes se presentan hoy como democracias electorales poco consolidadas y con elementos autoritarios. A las elecciones libres y justas a menudo se oponen actores o dinámicas sociales que restringen el desarrollo democrático o hacen retroceder los estándares democráticos ya alcanzados. Una vez más, al comienzo de la nueva década, se hace evidente que la democracia está condicionada, y muestra numerosos conflictos y complejidades. Según Oskar Negt (2010), es "la única forma de sociedad basada en el Estado que requiere aprendizaje". Y aprender lleva tiempo. La democracia también se puede volver a olvidar: y esto ocurre, por lo general, en mucho menos tiempo que el que demandaron los logros democráticos.

En cuanto a los juicios generalizados sobre las perspectivas del desarrollo global de la democracia, debemos ser cautelosos. ¿Estamos experimentando actualmente la última y larga fase de democratización, a la que sigue un movimiento antagónico en el sentido de una fase sostenida de desdemocratización? Este es un interrogante aún sin respuesta: "Too early to tell".

2.2 "CIRCUNSTANCIAS HEREDADAS": CADA DEMOCRATIZACIÓN SIGUE SU PROPIO CURSO

Surgen numerosas preguntas cuando observamos los procesos democráticos en los países de Europa: ¿Por qué comenzó en Francia el despertar democrático de la Europa continental? ¿Y por qué fracasó el movimiento democrático en Alemania en 1848? ¿Por qué hubo una revolución antimonárquica en Francia, pero no en Gran Bretaña? ¿Por qué Italia pudo consolidarse democráticamente después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que sus vecinos de Europa meridional, España, Portugal y Grecia, cayeron en dictaduras? ¿Por qué ya existen vías de democratización tan diferentes en una zona geográficamente tan pequeña y con una cultura aparentemente tan homogénea como lo es Europa occidental?

Una frase de Karl Marx resulta adecuada como punto de partida para iluminar estas preguntas: "Las personas hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio ni bajo circunstancias elegidas por ellas mismas, sino que estas son las que encuentran, las que están dadas y han heredado". Marx escribió estas palabras en el 18. *Brumaire des Louis Bonaparte*. En este texto se refiere al fracaso del movimiento democrático de 1848, que él mismo acababa de vivir. En ese momento, las fuerzas progresistas no lograron moldear suficientemente las "circunstancias heredadas", es decir, las configuraciones existentes e históricas de una sociedad. Sin acuerdo sobre lo que querían lograr —una monarquía constitucional, una república o una democracia radical— dieron a las fuerzas del viejo orden la oportunidad de reorganizarse y detener el cambio que estaba surgiendo. Pero si bien 1848 no trajo la democratización esperada, las fuerzas progresistas de toda Europa aprendieron durante esta fase nuevas formas de protesta, organización y comunicación que pudieron aplicar con éxito a las disputas posteriores. Esto vale en particular para el movimiento obrero, que, tras la experiencia de 1848, rompió la alianza con liberales y nacionalistas y comenzó a formarse como un movimiento independiente. Así que 1848 resultó ser una valiosa experiencia de aprendizaje que contribuyó significativamente al éxito de los movimientos democráticos posteriores.

Las "circunstancias heredadas" divergentes sobre las que escribe Marx son también la razón por la que ninguna estrategia de los actores progresistas puede transferirse sin más de un contexto a otro. *One size does not fit all*.³ En Francia, a finales del siglo XVIII, el movimiento democrático encontró un orden político que resultó completamente incapaz de emprender las reformas estructurales necesarias. La caldera tenía que explotar. La estrategia de las fuerzas progresistas de aquella época solo podía ser confrontativa y orientada a un cambio de sistema, porque con el absolutismo "no se podía hacer ningún Estado". En Gran Bretaña, sin embargo, más de un siglo antes, se habían producido

3 "Un talle único no sirve para todas las personas".

enfrentamientos tan sangrientos que, en el período que va desde finales del siglo XVII en adelante, los diversos grupos sociales se esforzaron por dirimir sus conflictos de interés generalmente en forma pacífica, por la vía democrática. Con una estrategia orientada al equilibrio, las fuerzas progresistas tuvieron oportunidades de éxito en muchos aspectos.

Los caminos de transformación política están, por tanto, muy estrechamente vinculados a los respectivos contextos institucionales, políticos y sociales. En cada orden social y en cada régimen político perduran componentes de los órdenes pasados y los viejos regímenes. Dejan su estampa en las normas, valores, estructuras institucionales, discursos y relaciones de fuerzas y, por lo tanto, en las oportunidades, velocidad y formas de democratización. Su integración en las configuraciones históricas específicas de cada país y, cada vez más, la reacción a las influencias transnacionales, en su mayoría económicas, hacen que cada proceso de democratización sea único en su devenir. Durante mucho tiempo, la bibliografía intentó identificar la medida de la democracia (desarrollo / industrialización, estabilidad, instituciones estatales, sistemas multipartidistas, sociedad civil, etc.) para derivar estrategias. Sin embargo, en vista de la heterogeneidad del desarrollo, este intento tiene claras limitaciones. Así, se podría trazar un mapa de democratización propio para cada país, lo cual exige de las fuerzas progresistas estrategias hechas a medida. Un modelo previo para el debate democrático resulta inadecuado.

2.3 LUCHAS DISTRIBUTIVAS Y RECURSOS DE PODER: NO HAY DEMOCRATIZACIÓN SIN CONFLICTOS

La dinámica de movimiento y movimiento antagónico, así como la coexistencia de estructuras sociopolíticas, tradiciones culturales, instituciones y convicciones normativas nuevas y tradicionales, sugieren que las transformaciones democráticas no están libres de conflictos y, a menudo, tampoco son estables. Esto se debe principalmente a que los procesos de democratización son siempre luchas por la distribución de poder, recursos, privilegios y prerrogativas.

En las últimas décadas, nos encontramos con el elemento conflictivo del debate democrático en múltiples oleadas de protesta y movimientos sociales. Ya sea en Túnez, Brasil, España, Irán o Francia: la “revuelta de los educados” (Wolfgang Kraushaar), especialmente los miembros jóvenes de las clases medias, se dirigió contra lo que percibían como falta de perspectivas. En muchos países africanos y en numerosas grandes ciudades de todo el mundo, las “*service delivery protests*”⁴ en la lucha por viviendas asequibles, transporte, energía y alimentos, estuvieron a la orden del día. Por diferentes que fueran los detonantes específicos de las protestas, las demandas se relacionaban principalmente con cuestiones de distribución. Al igual que las luchas históricas del movimiento obrero, se dirigían contra la erosión

de los fundamentos elementales de la vida social cotidiana y el desacoplamiento de la economía de las necesidades de grandes sectores de la sociedad.

Las protestas también dejan en claro que los manifestantes en muchos lugares ven otros canales de articulación democrática (como elecciones, plebiscitos, participación en partidos políticos) como casi inaccesibles o ineficaces. Los Indignados españoles, los ciudadanos enojados de Alemania, Occupy o los manifestantes del Parque Gezi en Turquía, señalan que parece haber muy pocos puentes entre las instituciones establecidas y los temores y reclamos de sectores importantes de la población. Aquí, los principios de la “democracia son menos controversiales que lo decepcionante de su práctica diaria” (Leggewie 2003). Las protestas a menudo combinaban críticas a las injusticias sociales con críticas a estilos de gobierno distantes o autoritarios.

Para las fuerzas autoritarias, tales protestas representan una amenaza para su ambición de poder y privilegios. La respuesta a esto es la restricción de las libertades civiles, una estrategia de control, espionaje de los flujos de datos y cada vez mayor censura recurriendo a la tecnología. Y finalmente, el intento de socavar el control de *checks and balances*⁵ con el argumento de que la cúpula del Estado tiene un pacto directo con la población que hace superflua la separación de poderes y que considera cualquier cuestionamiento a este pacto imaginario como un atentado a “los intereses” de la comunidad y como alta traición a la patria. Por lo tanto, en muchos países la democracia no está en retroceso por igual ni bloqueada, sino que lo está especialmente allí donde la democracia se vuelve sustancial y sirve para empoderar y proteger a los ciudadanos, los movimientos sociales y sociedades enteras: en el *rule of law*,⁶ en la participación económica y social, los derechos civiles, la libertad de asociación y asamblea. La democratización suele estar entonces llena de conflictos allí donde “corre el riesgo” de tener éxito.

Estos derechos, al igual que nuestras actuales “conquistas democráticas”, fueron duramente conseguidos por movimientos democráticos: la sustitución de los privilegios aristocráticos y eclesiásticos, el reconocimiento del Estado de derecho y el retroceso del Estado policial y su arbitrariedad mediante la idea de lo “privado” y su inviolabilidad –que vuelve a cobrar actualidad–, la ampliación de los derechos parlamentarios frente al Poder Ejecutivo, el sufragio universal y los derechos civiles de la sociedad. Estas conquistas fueron primero el resultado de arduas luchas sociales antes de que pudieran traducirse en compromiso y consensos sociales. Desde finales del siglo XIX, el movimiento obrero fue la fuerza política decisiva para la expansión de la democracia, y la relación de fuerzas entre el movimiento obrero y las autoridades decidió la expansión democrática de las sociedades.

4 “protestas por la prestación de servicios”.

5 “pesos y contrapesos”.

6 “imperio de la ley”.

Una vez superado un orden antidemocrático, los conflictos nunca disminuyen. Porque la dificultad de eliminar un antiguo orden solo es superada por la dificultad de establecer uno nuevo. El derrocamiento de la dictadura es siempre solo el primer paso, a menudo el más fácil. Muchos países del África septentrional y Medio Oriente pudieron comprender esta experiencia histórica de las sociedades europeas en el transcurso de la Primavera Árabe. El proceso de *state and nation building*,⁷ que todavía está inconcluso en muchas sociedades poscoloniales, proporciona numerosos ejemplos de esto. Cuando los antiguos órdenes son reemplazados, las sociedades a menudo entran en una fase de “interregno” (Antonio Gramsci), una fase en la que “lo viejo muere, pero lo nuevo todavía no puede nacer”. Estas fases siempre son conflictivas, ya que las fuerzas nuevas y las viejas luchan por cuántas características del antiguo orden deben encontrarse en el nuevo. Las viejas estructuras también suelen constituir puntos de referencia para todas aquellas fuerzas contrarias que comienzan a pugnar junto con nuevas instituciones y valores, y a trabajar para superarlas. En todos los países de la Europa continental, estas negociaciones fueron extremadamente tensas y –al menos por un tiempo– violentas.

2.4 LA DEMOCRACIA NECESITA INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS FUERTES Y PERSONAS QUE LAS PROTEJAN

Los derechos y métodos democráticos logrados con lucha no tienen garantizada su supervivencia. La preservación de un derecho depende de la medida en que se institucionalicen las nuevas reglas de juego y conquistas democráticas. Institucionalizar significa anclar los derechos democráticos, salvaguardarlos y protegerlos contra la arbitrariedad del Estado. La democracia solo puede desarrollarse allí donde el individuo no tiene por qué temer a la arbitrariedad y la represión, sino que puede hacer valer sus derechos contra quienes detentan el poder político. Institucionalización también significa que las instituciones democráticas están interconectadas a través de un sistema de control recíproco, de modo que el poder democrático de una institución está limitado por el poder democrático de otra. Hannah Arendt (1965) muestra en su comparación entre las revoluciones francesa y estadounidense lo importante que es esa institucionalización para el progreso de una democratización. Mientras que en Francia una tradición centralizada y descontrolada de acceso al poder, bajo un Robespierre que apelaba a la virtud y al pueblo, rápidamente condujo a la supresión de las libertades civiles, en los Estados Unidos, debido a una cultura descentralizada de autogobierno entre otros factores, se logró organizar exitosamente el poder político de manera federal y controlada y, por lo tanto, institucionalizar las libertades civiles. En Europa, especialmente el período posterior a la Primera Guerra Mundial trajo consigo un aumento en la institucionalización de la democracia en términos de juridificación y división de poderes. El colapso de los cuatro imperios monárquicos-autoritarios –Rusia, Alemania, el Imperio Otomano y el Austrohúngaro– allanó el camino para la expansión del derecho al voto,

el fortalecimiento del parlamentarismo y la limitación del poder ejecutivo.

Sin embargo, el período democrático de entreguerras deja una importante lección de democratización que se está volviendo cada vez más actual cuando observamos países como los Estados Unidos, Hungría y Polonia: el riesgo de desinstitucionalización de las democracias es significativamente mayor que el riesgo de golpes de Estado violentos. Aun cuando se ha impuesto una norma democrática, no puede considerarse consolidada de manera irreversible. Una desinstitucionalización de la democracia acompaña la historia de la democracia desde sus inicios. De hecho, en los siglos XX y XXI, la mayoría de las democracias no llegaron a su fin con golpes de Estado, sino más bien a través de la vía democrática formal de las urnas (Levitsky y Ziblatt 2018; Lührmann y Lindberg 2019). El surgimiento y el colapso de las democracias europeas en el período entre las dos guerras mundiales son solo ejemplos particularmente vívidos de la conclusión histórica de que las democracias solo pueden considerarse consolidadas mientras una mayoría respeta, apoya, reclame y viva los principios democráticos. Instituciones democráticas tales como las elecciones, los tribunales constitucionales y los Parlamentos son condiciones necesarias pero no suficientes para la consolidación de las democracias. En tal sentido, las democracias no solo son amenazadas cuando se elimina un tribunal constitucional, sino que esas amenazas se manifiestan mucho antes, en cambios paulatinos en la cultura democrática.

¿A qué se debe prestar atención? Hay una serie de indicios de que algo se está desmoronando en un sistema democrático. Uno de ellos es, por ejemplo, cuando los actores responsables de una sociedad comienzan a rechazar las reglas de juego democráticas –de palabra o de hecho–; si niegan legitimidad a los competidores políticos o sectores individuales de la población o los llaman enemigos; si manifiestan voluntad de restringir la división de poderes, la independencia del poder judicial o los derechos fundamentales; cuando introducen cambios institucionales que solo sirven para asegurar el poder de su propio grupo, pero, sobre todo, si tal comportamiento no es sancionado decididamente por los otros responsables políticos (cf. Levitsky y Ziblatt 2018)

Esto muestra que son sobre todo las instituciones informales que no están ancladas en las constituciones las que crean una comprensión enfática de la democracia. Son las normas informales, las reglas no escritas y las prácticas culturales a través de las cuales la gente participa continuamente en la democracia y estabiliza las democracias. Es tanto más peligroso cuando únicamente las personas de mejores ingresos de la sociedad participan en las instituciones formales (elecciones, procesos de participación) o las normas democráticas informales. Hoy en día, la exclusión económica y las desiguales oportunidades educativas de muchos también hacen que quienes menos se involucran sean los más afectados por las dificultades y los riesgos de la vida. La democracia requiere tiempo y recursos. Por ende, una renovación democrática de las sociedades está indisolublemente ligada

7 “construcción de estado y nación”.

a la cuestión de cómo se distribuye el aumento de la productividad y la prosperidad en una sociedad. La idea de la democracia como “forma de vida” (Dewey 1916) solo puede implementarse si la democracia comienza cerca de las personas y adopta una variedad de formas: en el trabajo, en la escuela, en los municipios y los barrios.

Por tanto, la relación entre Estado y sociedad siempre fue (y es) un tema central para el movimiento obrero y otras fuerzas democráticas. En el pasado, su política no solo tenía como objetivo democratizar el Estado y el poder: las instituciones públicas democráticas y activas siempre estuvieron asociadas a la esperanza de hacer realidad la democracia social en diversos ámbitos de la sociedad. El Estado debe convertirse en un instrumento central de reforma con cuya ayuda se regule la política democrática, se redistribuya y se introduzcan innovaciones. En la accidentada historia de la relación entre Estado y democracia, hubo frecuentemente más “tensión que contacto, más confrontación que identificación” (Bracher 1969). Incluso hoy en día, las instituciones estatales actúan a menudo concentrando las relaciones de poder social, en parte ya obsoletas, contra las fuerzas de la democratización como aliados represivos de una élite que salvaguardan las condiciones de explotación social, recortan los derechos o dificultan el trabajo político. En una concepción autoritaria o predemocrática del Estado, sus instituciones centrales (burocracia, Justicia, aparato de seguridad) son vistas como garantes de continuidad más allá del “caos” democrático con sus partidos y cambios de poder, un Estado por encima de la sociedad.

En varios países, la norma usual de organización política no es aún el Estado moderno (nacional), sino un Estado frágil y precario que se ve amenazado de muchas maneras. Esto se refleja de manera más extrema en las diferentes historias del fracaso de los Estados, que casi siempre se remonta a dos causas: la desigualdad social y el descrédito del Estado y sus instituciones. Bajo el frágil caparazón del Estado-nación, las redes autocráticas, a menudo acompañadas de corrupción sistemática y políticas neopatrimoniales, provocan la descomposición de las instituciones estatales. La falta de estatalidad y de élites orientadas al bien común fortalece, a su vez, otras estructuras subestatales: mientras que la lealtad del “ciudadano” está disminuyendo en los “Estados en la sombra”, los lazos étnicos y religiosos y el control social de los gobernantes locales están ganando importancia. En casos extremos, el Estado y, sobre todo, sus recursos se convierten en botín de estas élites. En última instancia, muchos de estos países seguirán adelante con su inconclusa y lenta *state building* condicionada por una menguante estatalidad en tiempos de globalización.

2.5 “NO INTEGRADO”: EL CAPITALISMO NO ES DEMOCRÁTICO

*“It was supposed to be a match made in heaven”*⁸ (Reich 2009). La relación entre democracia y capitalismo ha sido considerada durante mucho tiempo como la simbiosis per-

fecta. Significaba también “el fin de la historia”: “El siglo que comenzó con la confianza en las democracias liberales occidentales ha vuelto, en sus últimos años, a sus inicios: no al fin de las ideologías o a una convergencia del capitalismo con el socialismo, como se había creído, sino a un claro triunfo del liberalismo económico y político” (Fukuyama 1989). Hoy, tres décadas después, las líneas de conflicto entre democracia y capitalismo son cada vez más claras. En la euforia del triunfo sobre los sistemas basados en el socialismo de Estado, a menudo se olvidaba que la relación entre ambos era tensa desde el principio.

Desde el punto de vista histórico, la conexión es clara: allí donde prevalecieron las primeras formas de un orden económico capitalista, como en Inglaterra, la democracia representativa evolucionó como una forma de organización del Estado. Hasta hoy, junto con la democracia, solo el capitalismo ha tenido más éxito en conquistar nuevas áreas geográficas y penetrar en nuevos ámbitos de la sociedad. A pesar de las numerosas crisis, (casi) todas las sociedades modernas son hoy sociedades capitalistas. Eso es notable. Y habla de la versatilidad del capitalismo. De manera similar a la democracia, el capitalismo también se da en múltiples variantes (Hall y Soskice 2001), pero es mucho más flexible a la hora de elegir un socio. Porque si bien el capitalismo ha coexistido con los más diversos sistemas políticos desde sus inicios y también es compatible con sistemas autoritarios y dictatoriales, la democracia no ha tolerado a lo largo de toda su historia ningún otro sistema ordenador de la economía que no fuera el capitalismo. Una de las razones de esto es que una conquista democrática esencial —a saber, la limitación del poder estatal y la extensión legalmente garantizada de la autonomía de la sociedad frente al Estado— favoreció la libre actividad económica y la propiedad privada.

Ya en los inicios del desarrollo del capitalismo quedó claro que la libertad ligada a la propiedad privada sirve a intereses particulares, mientras que la democracia siempre requiere la restricción de estos intereses también. El capitalismo y la democracia tienen lógicas funcionales esencialmente diferentes, que hacen posible, pero difícil, establecer una relación equilibrada entre los dos sistemas ordenadores (cf. Kocka y Merkel 2015:313ss.): El capitalismo se basa en derechos de propiedad desiguales; la democracia, en iguales derechos de participación civil y social. El capitalismo se basa en el intercambio con fines de lucro; la democracia, en procedimientos colectivos, decisiones de la mayoría y la protección de las minorías. En el capitalismo se imponen los intereses particulares; en la democracia se promueve el bien común. En la tensa relación entre los intereses capitalistas y el desarrollo democrático, la burguesía solo apoyó la democracia cuando no amenazó sus privilegios de propiedad.

Pero la dinámica capitalista también impulsó la democracia, en el sentido de que surgió un movimiento obrero seguro de sí mismo y con el propósito de superar la desigualdad social. Sin embargo, el poder económico y los privilegios se concentran rápidamente en una minoría que, a su vez,

8 “Se suponía que era una pareja perfecta”.

sabe cómo traducir su poder económico en poder político, por lo que los intereses particulares se anteponen repetidamente al bien común. La política puede contrarrestar esto mediante la redistribución y los procedimientos democráticos. A lo largo de la historia, se han requerido una y otra vez correctivos democráticos e intervenciones reguladoras para proteger al sistema capitalista de privarse de su propio sustento (Streck 2012). Esto se logró, por ejemplo, en los Estados Unidos. En la década de 1930, como parte del *New Deal*, o cuando se establecieron acuerdos para el Estado de bienestar en algunos países del norte y oeste de Europa entre 1950 y 1970. Donde eso no ocurrió y los mercados se volvieron cada vez más independientes de su "integración social" (Polanyi 1978), el capitalismo contribuyó a las catástrofes de inicios del siglo XX.

Incluso hoy, la desigualdad social es la razón por la que en muchos lugares el consenso silencioso sobre el modelo económico de las últimas décadas se ha vuelto frágil. El lema del movimiento Occupy "Somos el 99 por ciento" no es una exageración: visto globalmente, vivimos en una verdadera economía para el "1 por ciento": el uno por ciento de la población mundial posee más que el restante 99 por ciento junto. Las tendencias y estructuras que llevan a una mayor desigualdad son clarísimas, y también sus consecuencias: la desigualdad dificulta la lucha contra la pobreza y, a menudo, impide la creación de instituciones democráticas que funcionen. Una gran concentración de la riqueza aumenta la susceptibilidad de la economía mundial a las crisis, lo que a su vez somete a los sistemas políticos a severas pruebas de resistencia. En general, la desigualdad cristaliza las relaciones de poder y las oportunidades en la sociedad, socava la democracia y la estabilidad política y aumenta la alienación en la sociedad. Ya hoy en día muchos perciben la severa desigualdad como inaceptable e injusta, como una violación de la "moral economy"⁹ (Edward Thompson). Una democracia estable requiere un mínimo de cohesión social. Eso no descarta la desigualdad social, pero hace que esta deba ser justificada. Los avances dramáticos de la desigualdad, como podemos verlos actualmente en la mayoría de los países, socavan las democracias.

El "matrimonio del liberalismo y la democracia" (Göran Therborn) duró solo dos décadas. Mientras que, en las épocas doradas de la coexistencia del capitalismo con la democracia en Alemania, desde mediados de la década de 1950 hasta mediados de la de la década de 1970, la economía de mercado fue domesticada por regulaciones y un Estado de bienestar intervencionista, en las décadas siguientes la política liberó a la economía de su control democrático. La crisis de la democracia de la que hablamos hoy se refiere a menudo a esta retirada de la democracia en la planificación de la economía. Colin Crouch (2008) describe este proceso como "posdemocrático", en el que se mantienen las reglas formales de la democracia, pero el poder de los intereses de las empresas para afirmarse frente a los de otros grupos sociales sigue aumentando.

Incluso si uno no quisiera seguir esta tesis de una mera ilusión de derechos democráticos, no se puede negar que la relación de fuerzas entre la democracia y el capitalismo ha cambiado en los últimos cuarenta años. A lo largo de las décadas, los gobiernos, las instituciones globales y los foros internacionales han celebrado la globalización con euforia. Las innovaciones, la desregulación de los mercados financieros, la liberación de las fuerzas del mercado, la creación de redes tecnológicas y un mejor intercambio de conocimientos no solo generarían un nuevo crecimiento, sino que también nivelarían las diferencias en la economía mundial y reducirían la desigualdad. En la década de 1990, los enfoques avanzaron hacia un pensamiento único en la economía y la política que dio a los procesos económicos un sentido más elevado: los otros objetivos, tales como los sociales, ecológicos y democráticos, eran secundarios, y la creciente desigualdad debía aceptarse como el precio de la libertad en tiempos de globalización. TINA (*There is no alternative*¹⁰) era (y es) sinónimo de una ideología tecnocrática que vacía de significado la acción política porque, dada la complejidad de esta, ya no hay manera de asir la realidad y la acción política tiene que subordinarse a la razón económica. Cualquier alternativa era tildada de "ingenua", "irracional", "ideológica" o "no financiable". Se desplegó un verdadero "mito de la racionalidad" en torno a los mercados y las decisiones del mercado. Sobre todo, los mercados financieros globales, las instituciones asociadas con ellos y sus índices principales (por ejemplo, expectativas de ganancias, precios de acciones y divisas y calificaciones) tienen un efecto disciplinario sobre las sociedades y la acción del Estado. Hans Tietmeyer, ex director del Bundesbank, lo definió como el "efecto beneficioso" de los mercados financieros internacionales: estos pueden corregir rápidamente las "decisiones políticas erróneas" de los legisladores nacionales. El hecho de que la acumulación de poder económico vaya de la mano de la influencia política se puede ver en la gran influencia del trabajo de *lobby* en los procesos legislativos, así como en la conducta empresarial despiadada de las empresas transnacionales en muchos países en desarrollo, que no pocas veces es incluso incentivada por los gobiernos de estos países.

En la "democracia conforme al mercado", los resultados de los procesos económicos controlados por el mercado ya no se evalúan políticamente ni se corrigen en caso de necesidad, sino que la comunidad se adapta a las necesidades de los mercados. Pero la búsqueda de la justicia social no es un "complemento" al desarrollo democrático, sino el requisito para la existencia de cualquier democracia. La cuestión democrática y la cuestión social (y, por tanto, también la manera en que está constituida la economía) han estado ligadas desde el principio. Porque las libertades civiles y los derechos de participación política individuales solo pueden ser ejercidos por todos si los problemas y riesgos sociales desigualmente distribuidos en las sociedades capitalistas se delimitan y superan de manera conjunta.

9 "economía moral".

10 "No existe alternativa".

2.6 EL PODER DE LAS IDEAS: LA DEMOCRACIA NECESITA UN RELATO

En todo proceso de democratización exitoso de la historia operó un cambio de fondo en las nociones de normalidad y en los valores dominantes de la sociedad en cuestión. Lograr un cambio normativo es vital para cualquier proceso de democratización. Las ideas progresistas siguen siendo ineficaces si no son compatibles con la infraestructura mental de una sociedad. Por el contrario, los movimientos de democratización pueden lograr un gran éxito si sus demandas se integran al discurso dominante en una sociedad, es decir, si son compatibles.

Pero para que los movimientos de emancipación democrática se creen y luego influyan en los valores dominantes en las sociedades, necesitan una imagen positiva de un futuro alternativo, una idea para la organización futura de la sociedad capaz de ser difundida. Hoy se hablaría de una "narrativa". Con su grito de batalla programático "Libertad, Igualdad, Fraternidad", la Revolución Francesa dio forma al plan para un futuro que, sin excepción, fue de alguna forma reelaborado en su narrativa por cada movimiento de emancipación posterior. El historiador británico Eric Hobsbawm tiene toda la razón cuando afirma que la política europea y mundial hasta 1917 estuvo determinada en gran medida por la lucha a favor o en contra de los principios de la Revolución Francesa (Hobsbawm 2004: 108). Los acontecimientos de Francia en 1789 proporcionaron "vocabulario y objetivos para la política liberal y la política democrática radical en todo el mundo" (*ibid.*).

La palabra "liberal" se utiliza principalmente para describir el conjunto de valores dominante en las democracias actuales de Europa y América del Norte. Las "democracias liberales" en el sentido moderno se caracterizan por una tríada de procedimientos de legitimación democrática, Estado de derecho y división de poderes, así como derechos civiles y humanos garantizados. Pero si bien hoy las democracias liberales predominan en Europa, apenas existieron durante los siglos de historia de la democracia en Occidente. La mayoría de las democracias de Europa y América del Norte eran "defectuosas" o "iliberales" según las categorías actuales, ya que excluían a importantes sectores de la población y les negaban la igualdad de derechos. Esto fue legitimado por las correspondientes narrativas sobre la supuesta desigualdad de grupos étnicos, géneros, minorías, etc. En los Estados Unidos se necesitaron más de ocho décadas y una guerra civil con mucho más de medio millón de muertes para transformar el régimen iliberal del sur en una democracia federal y extender, al menos formalmente, los derechos consagrados en la Constitución a la población negra. Luego, pasaron otros cien años antes de que el movimiento de derechos civiles de la década de 1960 lograra ampliar los derechos de participación y hacer de las reivindicaciones constitucionales una realidad constitucional. En Europa occidental tampoco fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX que el consenso sobre las características formales de una democracia se convirtió en un consenso sobre los valores liberales. Con estos antecedentes, no es de extrañar que

el debate sobre tal consenso social continúe en el este de Europa, con sus experiencias relativamente recientes de democracia e independencia. Lo que es más notable es cuán pacífica y rápidamente los sistemas políticos de esa parte de Europa han atravesado, desde 1989, un proceso que no solo fue significativamente más lento en Europa occidental sino, sobre todo, sangriento.

Sin embargo, una mirada a Europa oriental muestra al mismo tiempo lo importante que es pensar en términos de alternativas y debates sobre planes normativos futuros y lo desaconsejable que parece ser el querer acortar el largo y conflictivo proceso de establecer un consenso social simplemente importando sistemas normativos. Krastev y Holmes (2019) atribuyen el auge de las fuerzas autoritarias y populistas en Polonia, Hungría, Rusia y otros países de Europa oriental al hecho de que después de 1990 se presentó el (neo) liberalismo como la única alternativa posible de modelo para su futuro. En lugar de una discusión significativa y de largo plazo sobre diversos planes futuros de convivencia social que hubiera podido conducir a una aclaración normativa y al establecimiento de un consenso social, hubo una simple "imitación" de un modelo ordenador que era el dominante en Occidente en aquella época. Para los nacionalistas autoritarios fue fácil: no tuvieron más que esperar la crisis o las promesas incumplidas del modelo imitado para hacer que sus arcaicos conceptos de pueblo, nación, cultura dominante y "valores tradicionales" lograran una adhesión mayoritaria.

El análisis de Krastev y Holmes muestra con ejemplos cuán dinámica sigue siendo la relación entre el desarrollo de la democracia y el sistema de valores de una sociedad incluso después del establecimiento formal de las instituciones democráticas. Es que las democracias solo pueden considerarse consolidadas en tanto una mayoría respeta, apoya, exige y vive las ideas democráticas. Así como los cambios en la infraestructura mental de una sociedad promueven las democracias, pueden llevar también a que las democracias se desvíen hacia prácticas autoritarias o se transformen en regímenes autoritarios. De esta manera, los intelectuales del pesimismo cultural del siglo XIX y principios del XX contribuyeron a que la narrativa de una democracia liberal débil y decadente pudiera quedar atrapada en los círculos burgueses y se difundieran las ideas populistas-nacionalistas en ámbitos cuyo apoyo era necesario para la democracia (Stern 1986). También hoy el relato de la vida supuestamente decadente, vaciada de sentido o materialista del posmodernismo occidental es parte de la narrativa estándar de los pensadores y movimientos autoritarios en el este y el oeste europeo.

Independientemente de si contribuyen al progreso democrático o a un retroceso autoritario, no debe subestimarse el efecto de las ideas como motor del cambio social. El escritor francés Víctor Hugo, que con su novela *Los Miserables* contribuyó a la imagen de una realidad posible de ser superada, tiene razón, pues, cuando afirma que se puede "resistir una invasión de ejércitos, pero no una invasión de ideas" (Hugo 1877: 187).

3

SEIS DIRECTRICES PARA UNA PROMOCIÓN PROGRESISTA DE LA DEMOCRACIA

Hemos elaborado seis lecciones de la experiencia histórica del desarrollo democrático:

1. La democratización es un largo camino
2. Cada democratización sigue su propio curso.
3. No hay democratización sin conflictos.
4. La democracia necesita instituciones democráticas fuertes y personas que las protejan.
5. El capitalismo no es democrático.
6. La democracia necesita un relato.

Es útil tener en cuenta esta experiencia histórica cuando los actores progresistas en la promoción de la democracia intentan desarrollar estrategias acordes a la época para abordar los desafíos democráticos de una sociedad. De manera análoga a las seis enseñanzas identificadas, a continuación, se describen seis puntos de partida.

3.1 DEL INTERVENCIONISMO DEMOCRÁTICO A LA PROMOCIÓN INTEGRADA DE LA DEMOCRACIA

La primera parte del análisis mostró cuán dependientes de la trayectoria, cuán diversos, abiertos y ligados al contexto, son los procesos de democratización. Los promotores de la democracia deben, por lo tanto, desarrollar estrategias de democratización a la medida de cada contexto social e histórico. Esto requiere una comprensión profunda de los procesos históricos y las fuerzas sociales que los impulsan. Cualquiera que, como promotor de la democracia, quiera comprender y participar de los conflictos sociales contemporáneos debe conocer su textura socio-histórica. Para ello, los promotores de la democracia deben estar integrados en una sociedad y su conjunto de actores. Tienen que construir relaciones de resonancia con fuerzas progresistas y diversos actores sociales. Es una tarea de largo aliento y requiere paciencia estratégica. Solo así los promotores progresistas de la democracia podrán desarrollar una comprensión de los espacios de maniobra política, tanto los propios como los de las fuerzas a apoyar en cada país. Los espacios de maniobra política y sus límites marcan las posibilidades que tienen los actores dispuestos al cambio para lograr, conser-

var o defender los progresos democráticos en un contexto social específico. Contar con una exacta cartografía de estos espacios de maniobra permite identificar palancas prometedoras para el cambio democrático. Apropiarse de una *"transformative literacy"*¹¹ de esta índole (Schneidewind 2018: 33) es el requisito para cualquier promoción exitosa de la democracia.

Sin embargo, la promoción integrada de la democracia no solo cuenta con la necesaria capacidad de transformación, sino también con importantes recursos de legitimidad. Estos son de importancia creciente, ya que cada vez más Estados han comenzado a calificar el trabajo de los promotores de la democracia de injerencia ilegítima en los asuntos internos o incluso a aprobar leyes que limitan el margen de maniobra para la promoción de la democracia. Los promotores de la democracia operan en el marco de leyes nacionales o acuerdos bilaterales, por lo que su trabajo no suele ser objetable desde el punto de vista legal. Pero los promotores de la democracia también deben encontrar una respuesta política a la pregunta de qué les da derecho a actuar activamente en la política de otro país. Además de los compromisos voluntarios de un país en el marco de las regulaciones internacionales (Declaración Universal de los Derechos Humanos, Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de la ONU, Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU, varios convenios regionales de derechos humanos, normas laborales fundamentales de la OIT, etc.), los promotores de la democracia obtienen su legitimidad política principalmente por el hecho de que trabajan a largo plazo con fuerzas socialmente legitimadas, cuyas legítimas peticiones asumen, y responden a las demandas sociales.

Esta idea de promoción integrada de la democracia es al mismo tiempo un rechazo a cualquier enfoque que no esté orientado a transformaciones democráticas a largo plazo, sino al intervencionismo democrático o moral a corto plazo o incluso a la eliminación de regímenes.

¹¹ "alfabetización transformativa".

Para que los derechos democráticos no terminen como letra muerta en el papel, sino que sean reconocidos y garantizados como universales, se requiere un proceso de comprensión social. Tales procesos de comprensión pueden llevar mucho tiempo, y pueden ser confrontativos o cooperativos. Estos procesos dentro de la sociedad pueden tener inspiración, influencia y acompañamiento de actores y experiencias externos. Pero para que los derechos democráticos se institucionalicen permanentemente y se impongan como valores hegemónicos en una sociedad, no pueden ser forzados y controlados desde fuera. Los demócratas han experimentado durante largo tiempo que la eliminación de los viejos órdenes ni siquiera sienta las bases para una democratización exitosa, sino que, inicialmente, solo crea un vacío de poder que principalmente aquellos actores que tienen los recursos de poder adecuados saben cómo usar en su propio favor. Así, Berman afirma, refiriéndose al crucial año de 1848: *“Indeed, perhaps the most striking feature of the 1848 wave was how much easier it was to get rid of the old order than it was to build a new one”* (Berman 2019: 102).¹² Una conclusión que no ha perdido nada de actualidad a la luz de las intervenciones para lograr un cambio de régimen en Libia, Irak y Afganistán.

3.2 IDENTIFICAR Y PROMOVER A ACTORES DEL CAMBIO

Para que los promotores integrados de la democracia puedan apoyar un cambio en el marco de los espacios de manobra identificados, deben trabajar con actores del cambio

que defiendan el progreso social en el contexto respectivo. Para identificarlos, es necesario comprender en qué fase se encuentra el debate sobre un cambio democrático de normas y qué tipos de actores son capaces de generar cambios en cada fase de un proceso de cambio. La figura 1 distingue cinco fases ideales en las que puede tener lugar un cambio normativo hacia una mayor democracia.

Por supuesto, la transformación democrática no se da de modo tan esquemático. En la práctica, muchas de estas fases confluyen unas en otras y, en ciertos casos, también existen en paralelo. Las fases individuales pueden durar mucho tiempo, pueden producirse estancamientos y regresiones, y los cambios normativos también pueden quedarse detenidos en una fase. Aun así, la división en fases deja enseñanzas. Entre otras cosas, ayuda a responder la pregunta de qué actores son los *change agents*¹³ decisivos en los procesos de democratización. Cada una de estas fases puede asignarse a diferentes tipos de actores que son el motor del progreso. Mientras que en la tercera fase los grupos de interés organizados (partidos, sindicatos, ONG) tratan de imponer una nueva norma y son, por tanto, los socios más importantes de los promotores de la democracia, en la primera fase son importantes los pioneros y los pensadores inconformistas. Exigen cambios e intentan organizar intereses colectivos. Son pioneros del cambio, aunque a menudo pasen a la historia no como ganadores sino como héroes fracasados, si es que no son directamente olvidados. En la segunda y tercera fase entra en juego otro tipo de actor interesante, que muchas veces es capaz de dar impulsos



¹² “De hecho, quizás la característica más llamativa de la ola de 1848 haya sido lo mucho más fácil que resultó deshacerse del antiguo orden en comparación con construir uno nuevo”.

¹³ “agentes de cambio”.

decisivos: los reformadores conformistas. Son representantes del orden anterior, que han entendido que lo existente debe cambiar para seguir existiendo. Están a favor de una modernización controlada desde arriba. Esto los hace interesantes para la oposición progresista como posibles aliados. Sin embargo, su trabajo también puede hacer que algunas partes de la oposición progresista pierdan apoyo social, ya que las iniciativas de reforma del establishment les toman la delantera.

El conocimiento de la importancia de los diferentes tipos de actores en las diferentes fases del debate sobre la democratización es crucial si los promotores de la democracia quieren identificar a los agentes de cambio adecuados y brindarles el apoyo apropiado: *capacity building*,¹⁴ trabajo en red, asesoramiento político. Los modelos también muestran que en cada fase de democratización y en cada fase de autocratización hay actores progresistas que pueden ser socios colaboradores de los promotores de la democracia. También dejan en claro que no solo pueden ser actores del cambio quienes desafían el *statu quo* sino también los representantes del antiguo orden. En ese sentido, se aconseja a los promotores de la democracia que diversifiquen su gama de socios para posibilitar también la formación de alianzas no ortodoxas. El apoyo a un partido progresista también puede consistir en anclarlo mejor en la sociedad y llevarlo a dialogar con diversos actores, incluidas las fuerzas inerciales o los reformadores conformistas.

3.3 INCREMENTAR EL PODER DE ACCIÓN DE LAS FUERZAS DEMOCRÁTICAS

Cualquiera que lea sobre luchas sociales en libros de historia considera obvio lo sucedido. Más sorprendente es que, contrariamente a este conocimiento empírico también esbozado brevemente en el Capítulo 2.3, las democratizaciones se suelen ver hoy como procesos lineales que solo deben completarse con el aprendizaje de “técnicas de buen gobierno”. Si surgen conflictos en las democracias jóvenes, a menudo se los considera una expresión de la “madurez todavía insuficiente” de un sistema político. Por otro lado, ayuda recordar la experiencia histórica de que los conflictos sociales son “oportunidades de progreso” y que las democracias se han reinventado repetidamente en las crisis.

Los conflictos no son una expresión de una época pasada, sino una característica esencial de todo proceso de democratización. Porque los sistemas democráticos son “sistemas de conflicto”; en el mejor de los casos, modelos autocríticos de una organización estatal-social en los que hay actores que compiten entre sí y con visiones diferentes, que luchan por ser líderes de opinión, tomar decisiones políticas y aportar soluciones distintas. La lucha social y política abierta no es una mera “riña”, como se suele denunciar, sino un requisito para una democracia viva. Muchas de las disputas de valores e intereses por recursos y reconocimiento solo se zanján mediante la discusión.

En las democracias también gozan de gran popularidad la aversión al conflicto político, el anhelo de armonía y una autoridad que juzgue y esté por arriba de las pequeñeces de la lucha. Pero solo resolviendo los conflictos se pueden encontrar soluciones comunes y sostenibles en el tiempo. Especialmente en épocas de cambios disruptivos, se necesita más y no menos lucha política. Pero el requisito para ello, sin embargo, es que tantos actores diferentes como sea posible tengan los recursos para participar en la disputa y que las controversias se manejen de manera civilizada. Los sistemas públicos de reglas e instituciones deben poder organizar el conflicto y el consenso y fortalecer lo que es común a una sociedad, sin lo cual la democracia no puede existir.

Una democracia combativa necesita actores fuertes y diversos que intervengan y den orientación en controversias donde la gente pueda involucrarse. Cualquier avance sustancial de la democracia encontrará la resistencia de intereses poderosos. Por tanto, promover la democracia significa apoyar a nuestros socios en el desarrollo de sus recursos de poder para sobrevivir a los conflictos políticos.

Para lograr la democracia social y, sobre todo, llevarla a la economía, los sindicatos libres son actores indispensables. Los sindicatos fuertes son, como ningún otro actor, capaces de poner una amplia variedad de recursos de poder al servicio del mayor desarrollo de la democracia: en el lugar de trabajo, como movimiento obrero organizado y contrapoder de los intereses económicos, como defensores de intereses en estructuras estatales y como socios en amplias alianzas sociales. La promoción de la democracia debe apoyar a los sindicatos, descritos durante mucho tiempo como víctimas de la globalización, en el desarrollo y uso de estos recursos de poder. Cinco áreas son de importancia central a tal fin: 1. Para convertirse en actores poderosos, los sindicatos de muchos países deben terminar con la separación entre trabajadores formales e informales y repensar sus estrategias de movilización y modelos organizativos, y desarrollar un concepto inclusivo de la solidaridad. 2. La promoción de la democracia debería ayudar a los sindicatos a fortalecer sus recursos de poder frente a las empresas transnacionales, por ejemplo, a través de redes sindicales o mecanismos internacionales de reclamo. 3. Las alianzas sostenibles con movimientos sociales y partidos políticos son requisitos clave para anclar firmemente las demandas sindicales en las sociedades y ponerlas en práctica. La tarea de los promotores de la democracia aquí es reducir la desconfianza y posibilitar el discurso sobre proyectos conjuntos. 4. Los sindicatos solo pueden ser un actor importante en el desarrollo democrático si ellos mismos están organizados democráticamente. Procesos como, por ejemplo, el objetivo de la inclusión de mujeres e inmigrantes en los procesos de toma de decisiones sindicales o, en general, en las estructuras de participación democrática dentro de la organización también es un campo para promover la democracia. 5. Y finalmente, la promoción de la democracia debe trabajar para que los sindicatos estén preparados para

14 “desarrollo de capacidades”.

los tres grandes desafíos que presenta el trabajo del futuro: organizar la globalización y hacer frente al cambio digital y ecológico.

Por su parte los partidos, independientemente de su color, han estado en la parte inferior de la escala de imagen pública durante años. Se desconfía de ellos, con razón o sin ella. Este resentimiento es alimentado por la opinión generalizada de que a los partidos no les preocupan los temas de la realidad, sino sus propios intereses (de poder), que son distantes, que representan demasiado a ciertos grupos sociales y a otros ya no los representan en absoluto, y que ya no contribuyen a resolver los problemas de la comunidad. No es una buena noticia para las democracias porque su salud está indisolublemente ligada a la de los partidos. Son las únicas instituciones que actúan directamente en la interfaz entre el Estado, la sociedad y el Parlamento y que pueden configurar a todas estas áreas; reúnen intereses particulares y locales; formulan ideas ideológicamente diferentes de la sociedad toda, en resumen: están en el centro de la lucha democrática.

Sin embargo, para actuar como eslabón, la mayoría de los partidos deben convertirse más en partidos sociales. Tendrán que dar más espacio a los discursos y estar en estrecho contacto con personas, movimientos sociales y organizaciones. El equilibrio entre partido del Estado y partido social no es fácil. Sin embargo, ambos son necesarios porque ambos también dan forma a nuestra idea de la política democrática: el cambio real solo puede producirse si está precedido por una politización de la sociedad. El (contra) poder democrático, por otro lado, solo puede desarrollarse a largo plazo si se basa en organizaciones tales como partidos (y sindicatos) que puedan operar en las instituciones centrales de la sociedad.

En la práctica, sin embargo, es difícil establecer partidos y sistemas de partidos estables. Por el contrario, predominan los partidos clientelares inestables, las asociaciones electorales con escasa democracia interna, escaso apoyo de la población y programas poco claros. Para los promotores de la democracia, los partidos son actores ambivalentes porque en muchos países son menos parte de la solución que bloqueadores del cambio social. Así que aquí es importante mantener una visión realista. Una democracia representativa no puede funcionar sin partidos, por lo que en tiempos difíciles es necesario el diálogo con socios difíciles. Al mismo tiempo, la promoción de la democracia no puede "cocinar" sus partidos, sino que debe partir de las circunstancias halladas. En muchos países, los promotores de la democracia encuentran estructuras partidarias poco desarrolladas. Inicialmente, solo puede tratarse de fortalecer las condiciones marco y los principios para el trabajo de los partidos democráticos, como, por ejemplo, transparencia, capacidad de manejar conflictos y de hacer alianzas. Allí donde hay poco margen de maniobra o los partidos presentan rigideces, todavía queda la opción de acercarlos a otros actores para dialogar sobre temas específicos. A me-

diano plazo, el objetivo es iniciar cambios en los partidos a través de la educación política de los jóvenes. Al igual que en los sindicatos, la promoción de la democracia también puede trabajar con grupos que a menudo están marginados en los partidos (mujeres, inmigrantes, minorías étnicas) para fortalecer la diversidad interna y la aceptación social de los partidos. Si bien la cantidad de partidos democráticos en todo el mundo es manejable, es precisamente por eso que la tarea de la promoción de la democracia sea apoyar a los partidos en la formación de voluntad política y la formulación de estrategias. Estas pueden ser plataformas de diálogo sobre temas centrales del desarrollo programático que reúnan a representantes de los partidos, la ciencia y la sociedad civil, pero también un intercambio de experiencias sobre programas, estrategias electorales y alianzas en el marco de una coalición internacional de partidos.

Por último, los movimientos sociales y las ONG suelen ser para muchas personas el primer punto de contacto con la política y proporcionan información sobre temas complejos sin recurrir al lenguaje político formal. A menudo actúan como catalizadores para el individuo, transmitiendo inspiración y motivación políticas. Al mismo tiempo son – por ejemplo, en cuanto a la multitud de formulaciones de intereses particulares– un desafío también para la acción de los gobiernos democráticos. Especialmente, en países que se encuentran entre la democracia y el autoritarismo, encarnan –junto con la moderna comunicación en las redes sociales– no solo la "escuela de la democracia" (Alexis de Tocqueville), sino también los "perros guardianes" que denuncian las injusticias. Esto los convierte en el principal objetivo de los ataques autoritarios. La promoción de la democracia apunta aquí a diferentes niveles. Fortalece el papel de las ONG en la creación de ciudadanos con opinión política y crea plataformas para el diálogo con las fuerzas establecidas. También la promoción "indirecta" de la democracia –o sea, influir en las condiciones marco para la acción política (cuestiones de transparencia, salvaguarda, participación o derechos humanos)– es, especialmente para la sociedad civil, de especial importancia. A los promotores de la democracia a menudo les resulta especialmente difícil tratar con grupos "políticos" de la sociedad civil. Aquí es importante que la promoción de la democracia esté siempre comprometida con el mantenimiento y fortalecimiento de capacidades para el manejo de conflictos sociales.

En muchos países, las fuerzas que están fundamentalmente interesadas en un mayor desarrollo de la democracia se encuentran fragmentadas. Sus relaciones están marcadas por la desconfianza, los malentendidos y diferentes nociones ideológicas y estratégicas. El recurso del poder moderno es la capacidad de cooperar. La mentalidad de silo, en el que cada organización solo se preocupa por su propia área, su propio éxito y la defensa del territorio, no ayuda aquí. Promover la democracia puede contribuir en la búsqueda de intereses comunes, la integración en un proyecto conjunto, la apertura de la alianza a otras fuerzas y el descubrimiento de una forma productiva de afrontar las diferencias (véase 3.6).

3.4 CREAR INSTITUCIONES TRANSFORMADORAS

Para anclar los derechos democráticos, equilibrar el poder político y garantizar la participación, las democracias necesitan instituciones públicas estables. En tiempos de cambio, son las instituciones eficientes y transparentes las que legitiman las transformaciones y al mismo tiempo las alimentan de ideas. Al mismo tiempo, como se describe en el Capítulo 2.4, el desmantelamiento gradual de las instituciones democráticas es hoy el camino usual hacia formas autoritarias de gobierno.

Por lo tanto, las preguntas clave para la promoción de la democracia son: ¿Cómo se puede detectar precozmente la erosión de las instituciones democráticas y cómo se pueden proteger de ella las instituciones democráticas existentes? ¿Cómo se pueden reparar o reconstruir las instituciones de tal manera que, en las condiciones que impone la globalización, vuelvan a cumplir la tarea de regular el capitalismo, dejen margen para la acción democrática y reduzcan la presión de la globalización? Eso no significa que el Estado deba hacerse cargo de todo de manera paternalista. Porque otro interrogante es: ¿Cómo pueden las instituciones públicas convertirse más en “facilitadoras” de diferentes formas de autoorganización y asegurar que las sociedades aumenten sus capacidades para enfrentar el cambio? Las fuerzas progresistas en particular se han concentrado en la última década en posicionar al Estado contra el neoliberalismo, y han prestado menos atención a las nuevas instituciones de participación.

La protección de las instituciones democráticas requiere no solo valores democráticos como el Estado de derecho, los derechos humanos y el pluralismo, sino también el consentimiento público activo. Muchas veces no hubo resistencia social cuando los populistas de derecha comenzaron a atacar y ridiculizar a la prensa libre, la Justicia independiente o al Parlamento en su calidad de instituciones. Aquí, la promoción de la democracia debe permitir que más personas participen *in situ* en la defensa de las instituciones democráticas: esto se aplica tanto a la prensa local como a un tribunal de primera instancia. También es importante que los defensores de los derechos humanos y las ONG documenten el declive de las instituciones democráticas y den la voz de alarma a tiempo.

Preservar las instituciones democráticas es una tarea importante, pero estas tampoco deben estancarse. La promoción de la democracia debe, por ejemplo, en situaciones de posconflicto, primero apostar a “estatizar” la democracia, es decir, dotarla de instituciones sólidas que no pierdan de vista ni la democracia ni la estabilidad. A largo plazo, sin embargo, de lo que se trata siempre es de la “democratización del Estado”. Esto presupone un concepto de las instituciones que vea a los ciudadanos no solo como receptores pasivos de servicios, sino como miembros “productivos” de la sociedad. Más allá de las elecciones y los plebiscitos, se deben crear nuevas instituciones participativas y trans-

parentes, sobre todo para absorber el empuje de muchos proyectos e iniciativas democráticas. Para que una asociación de este tipo tenga éxito, la relación entre las instituciones estatales y los ciudadanos activos debe seguir siendo flexible. Debe ofrecer espacio para que aprendan unos de otros, hacer correcciones y absorber las iniciativas. Hoy ya existen muchos ejemplos de cómo los “minipúblicos” marcan la orientación de las decisiones políticas a nivel local y nacional. Van desde presupuestos participativos, jurados de ciudadanos y auditorías públicas hasta el famoso “hormiguero” de Islandia, que, tras una gran crisis de confianza, elaboró propuestas para una nueva Constitución sobre la base de ciudadanos seleccionados al azar. No se trata de instituciones de competencia para Parlamentos y magistrados. Las instituciones locales no solo pueden contribuir a dar respuestas apropiadas y prácticas, sino que también pueden conducir a un “sentimiento de unión” política basado en la comunidad, lejos de la política identitaria de la derecha. La promoción de la democracia puede contribuir a la difusión de tales innovaciones para que las oportunidades de participación política sean más diversas y flexibles.

Algunos de los desafíos que tenemos por delante solo pueden encararse con respuestas globales. En los últimos años, sin embargo, ha habido una discrepancia creciente entre los problemas y las capacidades de resolución de problemas. Este hallazgo no es nuevo, pero se está volviendo más claro, y la deficiencia, más dolorosa. Organizar el marco global sigue siendo el único curso de acción viable para reducir la presión sobre las instituciones democráticas bajo estructuras ordenadoras complejas. Por mencionar solo un ejemplo: si es esencial para un mayor desarrollo democrático recuperar la confianza en la política y reducir la desigualdad y poner las necesidades de las personas en el centro de los procesos económicos, entonces la regulación conjunta de los mercados financieros internacionales debe tener un lugar prioritario en la agenda. E incluso si esto fuera difícil de aplicar hoy, en la promoción de la democracia, la idea predominante debería ser, en primer lugar, que los marcos ordenadores y las regulaciones globales vinculantes hayan contribuido a la civilización de las relaciones entre los Estados. En segundo lugar, que la cooperación global y regional no produzca más, sino menos complejidad (porque la confianza generada de esta manera reduce la complejidad y la incertidumbre y recupera márgenes de acción). Y, en tercer lugar, que incluso en épocas complicadas, no se debe renunciar a las reglas globales, sino persistir en la expansión de la gobernanza global, que hasta ahora ha sido muy selectiva. Incluso si fuera poco probable alcanzar rápidamente el éxito, no se necesitan menos sino más ideas para gobernar más allá del Estado-nación.

3.5 ATREVERSE A UNA MAYOR DEMOCRACIA ECONÓMICA

Como se describe en el Capítulo 2.5, la economía capitalista y la democracia están en una relación tensa que es regulada constantemente por la relación de fuerzas en la sociedad. En las últimas décadas, la economía ha sido tra-

tada en gran medida como un asunto privado: la política no debe meterse en la economía, y esto tiene consecuencias para la sociedad y para cada individuo. Sin embargo, allí donde la gente se ve a sí misma como un mero apéndice de la evolución de “los mercados”, la democracia también se atrofia. La democracia es la norma para la buena convivencia porque distribuye el poder entre muchos y lo pone, en principio, a su disposición. Sin embargo, nuestro sistema económico actual concentra y consolida el poder económico. Por lo tanto, posicionar las normas de la democracia frente a los mercados es el núcleo de la democracia social. Atreverse a más democracia hoy también significa atreverse a hacer más democracia económica para, de este modo, distribuir el poder económico.

La economía debe ser una tarea conjunta, porque el destino de sociedades enteras depende de inversiones, deslocalizaciones y rupturas estructurales. Especialmente en el caso de las rupturas estructurales, mucha gente ha aprendido en el pasado que los cambios en la economía generalmente se implementaron sin su participación y, a menudo, en contra de sus intereses. A la inversa, en cada etapa de desarrollo, se requiere de la creatividad y experiencia de muchos. Por ello, el objetivo de la promoción de la democracia es que muchas personas –en el trabajo y en la comunidad– puedan ayudar a organizar la economía y tener voz en la toma de decisiones.

Especialmente en las grandes crisis del desarrollo capitalista, en las que los modos de regulación y los modelos de negocio se vuelven frágiles, se vuelve a medir la relación entre la sociedad y la economía y, por lo tanto, la idea de democracia. El cambio digital y los desafíos ecológicos van acompañados de una transformación fundamental del modo de producción del capitalismo con enormes saltos tecnológicos, una reorganización del poder económico y cambios serios en la relación entre empresas y empleados. Muchas cosas serán puestas a prueba, tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados. Las transformaciones contienen tanto oportunidades como riesgos. Pueden facilitar el trabajo y la vida de las personas o profundizar las desigualdades; permitir la participación o consolidar el poder; promover la sostenibilidad o exacerbar las crisis ambientales. Por ende, en los próximos años será fundamental intervenir en esta nueva medición, organizar la transformación y garantizar transiciones justas en medio del cambio. La política económica es siempre también política social. Si continúan las políticas económicas actuales de muchos gobiernos, que se centran en más mercado y más interés propio, no habrá cambio con justicia. Las cuestiones decisivas –quién paga los costos del cambio; qué contribuye al bien común; en qué áreas obtener ganancias y en cuáles no; o qué hay que volver a construir porque es perjudicial para el medio ambiente– no pueden dejarse al libre juego de las fuerzas del mercado.

Por tanto, la promoción de la democracia también debe impulsar el debate sobre alternativas en política económica y crear concretos márgenes de maniobra para una democracia económica. Esto vale en primer lugar para la democracia

en el lugar de trabajo. El fortalecimiento de los derechos de participación en las decisiones de las empresas, así como un debate sobre una mayor influencia de los sindicatos y las asociaciones de consumidores y las iniciativas ecológicas en la participación en las decisiones empresariales son algunos puntos de partida. Más que en el pasado, la promoción de la democracia también debe procurar promover la discusión sobre una economía mixta e investigar en qué áreas económicas tienen sentido los enfoques privado, estatal, cooperativo y orientado al bien público. Los enfoques de la democracia económica, sin embargo, se extienden más allá del nivel de la empresa. Por ejemplo, es necesario que la sociedad dirima cuáles son las áreas en las que no hay por qué obtener ganancias pues allí se proporcionan bienes existenciales básicos, cómo dirigir las inversiones con sensatez o en qué instituciones se pueden tomar decisiones de política económica democrática. En definitiva, hay muchas cosas para hacer en los propios países. Pero es fundamental para una política económica alternativa diseñar la economía global, ya sea con miras a la política comercial, financiera y fiscal o las normas sociales y medioambientales globales.

No existe un plan maestro sobre cómo fortalecer la democracia en la economía. La tarea de promover la democracia aquí es proporcionar conocimientos específicos, organizar el intercambio de experiencias y así fomentar la reflexión pública.

3.6 DESARROLLAR UNA NARRATIVA PARA UNA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA ACORDE A LA ÉPOCA

En la primera parte, se destacó el papel influyente de las ideas en los procesos de democratización y autocratización. El nivel de discursos y narrativas debe aceptarse y organizarse como un importante campo de conflicto entre fuerzas democráticas y autoritarias. Los partidarios de modelos (semi) autoritarios de sociedad han logrado desafiar la democracia liberal al nivel del discurso durante las últimas tres décadas. Los críticos autoritarios de la democracia liberal afirman que esta carece de habilidades para resolver problemas debido a procesos ineficientes de toma de decisiones y esclerosis político-partidaria, o que ya no tiene un modelo generador de identidad para la convivencia social debido al aislamiento posmoderno. Aún mimado por los discursos de la década de 1990, en los que el liberalismo fue comercializado globalmente como “la única alternativa”, muchos promotores de la democracia se sorprenden por esta crítica. En cualquier caso, la promoción de la democracia aún no ha logrado proporcionar un contra impulso notorio a nivel mundial al supuesto atractivo de los modelos autoritarios de gobierno con un nuevo relato sobre las posibilidades futuras y la potencia de la democracia. Todo lo contrario: muchos partidarios de la democracia despolitizan y tecnologizan su propio trabajo y se esconden detrás de un vocabulario que sugiere que los procesos de democratización son esencialmente el resultado de una “gobernanza” eficiente o proyectos particularmente exitosos con todos los “interesados relevantes”. Para los partidarios progresistas de la democracia, que orientan fundamentalmente sus

acciones hacia el cambio de las condiciones existentes, un factor agravante es que el deseo de futuro y de progreso no parece coincidir con el espíritu de la época en todas partes. Cambio climático, globalización, robótica e inteligencia artificial: para muchas personas de hoy el futuro es más una distopía. Los cambios que surgen son angustiantes, el propio *status* parece amenazado. Aferrarse a lo establecido, defender las propias prerrogativas, mirar con nostalgia a un pasado transfigurado, defenderse de algo nuevo: todos estos son reflejos actualmente observables que, sin embargo, son bien conocidos de la historia y, a menudo, allanan el camino a los autoritarios.

Lo que falta actualmente es lo que ha sido durante mucho tiempo una de las fuerzas productivas más importantes para muchas democracias: una idea de futuro visionaria y, al mismo tiempo creadora de realidad. De lo que se trata es de hacer revivir esta fuerza productiva. Dado que la "democracia" ya no es un éxito seguro, los partidarios de la democracia deben no solo defender discursivamente sus ideas de convivencia social, sino también convertirlas en el núcleo de una nueva idea para un futuro deseable. Lo que se necesita nuevamente es un relato convincente y poderoso de la democracia, un relato que tenga un efecto movilizador y constructor de alianzas en la práctica de promover la democracia, y que sea capaz de unir diversas fuerzas sociales para formar coaliciones reformistas. Tal narrativa debe subrayar la potencia de la democracia frente a los cambios sociales acelerados y, al mismo tiempo, transmitir una idea normativa para la organización de estos cambios. Los promotores progresistas de la democracia también deben resolver discursivamente por cuáles formas de democracia están realmente luchando y por cuáles no. El punto no es presentar un determinado modelo ordenador como "la única opción", sino, por el contrario, estimular el pensamiento en términos de alternativas. Para ello, es útil contrastar y diferenciar entre diferentes conceptos de democracia. No todas las formas de democracia son igualmente adecuadas para afrontar los desafíos del siglo XXI. La idea de una "democracia conforme al mercado" u otros conceptos libertarios difícilmente son adecuados para contrarrestar la concentración de riqueza que está poniendo en peligro la democracia, el abuso de la naturaleza o el funcionamiento de los mercados financieros globales que pone en peligro a la sociedad. Los promotores progresistas de la democracia tienen que desarrollar la narrativa para una democracia que, en vista de los cambios ambientales globales, los crecientes movimientos migratorios y los cambios en el poder económico, sea capaz de configurar las próximas tareas de transformación en interés del bien común. Deberá prestarse mayor atención a los procedimientos de toma de decisiones democráticos transnacionales y la regulación internacional. Para ello, la tarea de promover la democracia debe entenderse como la desmercantilización de aquellos bienes públicos que han estado sometidos a demasiada presión en las últimas décadas por el acaparamiento de tierras con fines lucrativos: aire limpio, medio ambiente intacto, transporte público local, vivienda, salud, educación. En las últimas tres décadas, los promotores de la democracia rara vez denunciaron que los programas ra-

dicales de mercado también erosionaron la confianza en la democracia a través de sus efectos secundarios destructivos para la sociedad. Por el contrario, la promoción de la democracia hoy debe dejar en claro, a través de un relato acorde a la época, que democracia significa más orientación hacia el bien común, decisiones compartidas, participación, sostenibilidad ambiental y cohesión social: una democracia, en definitiva, que tome en cuenta los derechos políticos, sociales, económicos y ambientales.

4

RESUMEN

¿Qué lecciones se pueden extraer de la observación histórica de los procesos de democratización para una promoción de la democracia acorde a la época? Al observar las seis experiencias históricas discutidas, quedó claro que los promotores de la democracia no deben desanimarse ante el surgimiento de fuerzas antiliberales y los diagnósticos actuales de las “crisis de la democracia”. Incluso a principios de la década de 2020, las libertades civiles y las oportunidades de participación se encuentran en su punto más alto en todo el mundo. Además, la gente está mucho más atenta. Las revoluciones de colores y las oleadas de protestas aún no constituyen una primavera democrática. Pero muestran que apostar a prácticas autoritarias o dictatoriales es una estrategia de alto riesgo en el siglo XXI. Para los líderes políticos de proyectos autoritarios, a menudo termina en el exilio o en la cárcel.

Pero incluso si no hubiera razón para un canto de cisne por la democracia, las consideraciones históricas exigen que las fuerzas democráticas y sus promotores sean más comprometidos, estén más atentos, sean más seguros de sí mismos y más capaces de manejar conflictos. Las fuerzas democráticas y los promotores de la democracia no solamente tienen la tarea de perfeccionar y preservar la democracia, sino también de entrar en el debate social. Si no lo hacen, existe la amenaza de un *backlash*¹⁵ autoritario. La experiencia histórica de que ningún proceso democrático ha seguido un curso lineal y que toda democracia sigue siendo un experimento con un resultado abierto enseña que no toda derrota marca un punto de inflexión autoritario. Al mismo tiempo, señala que cada paso hacia atrás debe tomarse en serio, ya que puede contener las semillas para una desinstitucionalización de la democracia. En términos de contenido, la promoción de la democracia debe prestar más atención a la relación entre democracia y capitalismo, que es tan productiva como tensa. La creciente desigualdad y la exclusión social son tan destructivas para las democracias como la sobreexplotación permanente de los recursos naturales impulsada por la maximización de las ganancias. Una promoción de la democracia acorde a la época debe combinar cuestiones democráticas, sociales y ecológicas. Para ello, los promotores de la democracia deben desarro-

llar modelos para un futuro deseable y promover el pensamiento en términos de alternativas. Porque la experiencia histórica también demuestra que, hasta ahora, ningún movimiento democrático exitoso ha podido arreglárselas sin ideas y narrativas capaces de ser difundidas.

Las lecciones de la historia de los procesos democráticos destacadas en este artículo exhortan a los promotores de la democracia a abordar su trabajo de manera más política, estratégica y con una mayor conciencia de las condiciones contextuales históricas y socioculturales. Se hace un llamamiento a favor de una promoción “integrada” de la democracia que sea capaz de establecer relaciones de resonancia con las fuerzas progresistas y diversos actores sociales. Tal promoción de la democracia es una tarea de largo aliento, requiere visión estratégica, y es lo opuesto a las lógicas tecnocráticas de promoción y los enfoques de cambio de régimen.

15 “reacción”.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah** (1963) *Über die Revolution*. München: Piper.
- Berman, Sheri** (2019) *Democracy and Dictatorship in Europe: From the Ancien Régime to the Present Day*. Oxford: Oxford University Press.
- Bracher, Karl Dieter** (1969) Die zweite Demokratie. *Die Zeit*, Nr. 50. Hamburgo.
- Crouch, Colin** (2008) *Postdemokratie*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Dahrendorf, Ralf** (1997) Die Globalisierung und ihre sozialen Folgen werden zur nächsten Herausforderung einer Politik der Freiheit. An der Schwelle zum autoritären Jahrhundert. *Die Zeit*, 14 de noviembre de 1997. Hamburgo.
- Dewey, John** (1916) *Democracy and Education: An Introduction to the Philosophy of Education*. Nueva York: Macmillan.
- Diamond, Larry** (2015) Facing up to the democratic recession. *Journal of Democracy*, 26 (1), 141-155.
- Fukuyama, Francis** (1989) The End of history? *The National Interest*, No. 16, 3-18.
- Hall, Peter A., Soskice, David** (ed.) (2001) *Varieties of Capitalism. The Institutional Foundation of Comparative Advantage*. Oxford: Oxford University Press.
- Hobsbawm, Eric** (2004) *Europäische Revolutionen. 1789 bis 1848*. Colonia: Parkland.
- Hugo, Victor** (1877) *Histoire d'un crime. Déposition d'un témoin*. París; https://fr.wikisource.org/wiki/Histoire_d%27un_crime: 30/06/2020.
- Inglehart, Ronald** (2018) *Cultural Evolution. People's Motivations are Changing, and Reshaping the World*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Kagan, Robert** (2018) *The Jungle Grows Back. America and Our Imperiled World*. Nueva York: Knopf Verlag.
- Kocka, Jürgen y Merkel, Wolfgang** (2015) Kapitalismus und Demokratie. Kapitalismus ist nicht demokratisch und Demokratie nicht kapitalistisch, en: Merkel, Wolfgang (ed.): *Demokratie und Krise. Zum schwierigen Verhältnis von Theorie und Empirie*. Wiesbaden: Springer Verlag für Sozialwissenschaften.
- Krastev, Ivan y Holmes, Stephen** (2019) *Das Licht, das erlosch: Eine Abrechnung*. Berlín: Ullstein.
- Kraushaar, Wolfgang** (2012) *Der Aufruhr der Ausgebildeten: Vom arabischen Frühling zur OccupyBewegung*. Hamburgo: Hamburger Edition.
- Koppetsch, Cornelia** (2019) *Die Gesellschaft des Zorns. Rechtspopulismus im globalen Zeitalter*. Bielefeld: Transcript Verlag.
- Leggewie, Claus y Bieber, Christoph** (2003) Demokratie 2.0: Wie tragen neue Medien zur demokratischen Erneuerung bei? En: Offe, Claus (ed.) *Demokratisierung der Demokratie*. Frankfurt / New York: Campus Verlag.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel** (2018) *Wie Demokratien sterben*. München: Deutsche Verlags-Anstalt.
- Lührmann, Anna y Lindberg Staffan I.** (2019) A third wave of autocratization is here: what is new about it? *Democratization*. DOI; <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13510347.2019.1582029>: 30/06/2020.
- Negt, Oskar** (2010) *Der politische Mensch: Demokratie als Lebensform*. Göttingen: Steidl-Verlag.
- Polanyi, Karl** (1978) *The great transformation: politische und ökonomische Ursprünge von Gesellschaften und Wirtschaftssystemen*. 1. Aufl., Frankfurt: Suhrkamp
- Reich, Robert** (2009) How capitalism is killing democracy. *Foreign Policy*; <https://foreignpolicy.com/2009/10/12/how-capitalism-is-killing-democracy/>: 12/04/2020.
- Schneidewind, Uwe** (2018) *Die Große Transformation. Einführung in die Kunst des gesellschaftlichen Wandels*. Frankfurt: Fischer.
- Stern, Fritz** (1986) *Kulturpessimismus als politische Gefahr. Eine Analyse nationaler Ideologie in Deutschland*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Streeck, Wolfgang** (2012) Auf den Ruinen der Alten Welt. Von der Demokratie zur Marktgesellschaft, en: *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 12/2012, p. 61–72. Bonn.
- Tilly, Charles** (2007) *Democracy*. Cambridge University Press. Cambridge.
- VDem** (2019a) *Electoral Democracy Index*. V-Dem Institute. Varieties of Democracy. University of Gothenburg; <https://www.v-dem.net/en/analysis/>
- VDem** (2019b) *Democracy Facing Global Challenges*. V-Dem Annual Democracy Report 2019. V-Dem Institute. Varieties of Democracy. University of Gothenburg.

AUTORES

Matthias Jobelius dirige el Departamento para Europa Central y Europa del Este de la FES. Después de su primer cargo en la oficina de la FES en la India, fue el representante de la Fundación en Rumania y la República de Moldavia, así como en Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Estudió Ciencias Políticas y Estudios del Desarrollo en Berlín y Londres.

Jochen Steinhilber dirige el Departamento Política Global y Desarrollo de la FES. Su trabajo se centra en la agenda de desarrollo internacional, los procesos de transformación socioecológica y cuestiones de la economía global.

AVISO LEGAL

Friedrich-Ebert-Stiftung
Hernando de Aguirre 1320, Providencia, Santiago

Responsable:
Simone Reperger | Representante en Chile

Tel.: +56 2 23414040
www.fes-chile.org

Pedidos / Contacto:
ccarrasco@fes.cl

No está permitido el uso comercial de los medios publicados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) sin el consentimiento por escrito de la FES.

PROMOCIÓN PROGRESISTA DE LA DEMOCRACIA

Lo que la historia nos enseña, si queremos asegurar el futuro de la democracia



La promoción de la democracia debería volver a ser más política, estar más atenta a la historia y ser más capaz de manejar conflictos. En el espíritu de la época de la década de 1990, muchos promotores de la democracia se volvieron más apolíticos, más ahistóricos y más técnicos. Esto tiene que cambiar en vista de la presión global sobre la democracia y el fortalecimiento de las fuerzas antiliberales.

El futuro de la promoción de la democracia debe pensarse en el contexto de la rica experiencia histórica en procesos de democratización. En este artículo se presentan seis lecciones y de ellas se derivan seis directrices para la promoción de la democracia contemporánea.



La historia enseña que las democracias no evolucionan de forma lineal, sino que siempre son un experimento con resultado abierto. Los retrocesos en la democratización no marcan inmediatamente puntos de inflexión autoritarios, pero sí conllevan el riesgo de desinstitucionalización. Los sistemas democráticos pueden estar en riesgo si se erosionan las reglas del juego democrático en pequeños pasos.

*It's the economy, again.*¹⁶ En términos de contenido, la promoción de la democracia debe prestar más atención a la relación entre democracia y capitalismo, que es tan productiva como tensa. La creciente desigualdad y la exclusión social son tan destructivas para las democracias como la sobreexplotación permanente de los recursos naturales impulsada por la maximización de las ganancias.

16 "Es la economía, de nuevo"



One size doesn't fit all. Cada contexto social necesita estrategias a medida. Cualquiera que, como promotor de la democracia, quiera comprender y ayudar a organizar a las disputas sociales actuales debe conocer su textura sociohistórica. Esto requiere una promoción "integrada" de la democracia que construya y cuide relaciones de resonancia con fuerzas progresistas y diversos actores sociales.

La democracia es una trama narrativa. Hasta ahora, ningún movimiento democrático exitoso ha podido arreglárselas sin ideas y narrativas capaces de ser difundidas. Los promotores de la democracia no solo deben defender discursivamente sus ideas de convivencia social, sino también desarrollar nuevas ideas para un futuro deseable. Se necesita un relato de la democracia con el que se puedan forjar coaliciones reformistas.

Aquí hallará más información sobre el tema:

<https://www.fes.de/themenportal-die-welt-gerecht-gestalten>